



MONÓLOGOS, POESÍAS, ESCENAS CÓMICAS,
EPÍGRAMAS, CHISTES, ANÉCDOTAS, TEATROS,
JUEGOS DE INGENIO, ETC., ETC.

Año I.

Montevideo, Julio 13 de 1902

Núm. 2.

ENTRE DOS FUEGOS, por Ruiz



Observando el desinteresado afán de don Angel Floro para la creación de impuestos tendientes a suprimirles a los empleados públicos el descuento en los sueldos, se nos ocurre pensar: ¿acaso las dietas parlamentarias sufren también descuentos?

CURACIÓN SEGURA

Nuestros avisos

De la impotencia, neurastenia, esterilidad, fatiga cerebral, falta de la memoria, debilidad sexual, espermatorrea, afecciones nerviosas en general, usando las

**PILDORAS
TÓNICO - GENITALES**

Del doctor J. M. Morales

Medicación inofensiva y racional GARANTIZADA sin CANTÁRIDA, ni otras materias excitantes, perjudiciales á la salud y debilitantes de la virilidad.

Estas Píldoras vigorizan el organismo en general, restablecen las energías reproductoras perdidas por excesos, por enfermedades ó por excesivo trabajo y preocupación mental.

De venta en todas las droguerías y farmacias de la República y del mundo.

Precio: 1.50 la caja

Único concesionario para la América del Sur:

AMBROSIO GIZ GOMEZ

Galle 18 de Julio, 265

MONTEVIDEO

Teléfono: La Cooperativa, 301

Buenos Aires-Avenida de Mayo, 725

Exíjase la banda y firma en cada caja como garantía de legitimidad.

El señor Perfecto B. Lopez

ES EL ÚNICO AGENTE

DE LOS AVISOS DE

LA RISA

En la Administración del periódico, todos los días hábiles de 2 á 3 p. m.

507 - Colonia - 507

FÓSFOROS

Marca Victoria

*Los únicos sin veneno
y resistentes*

á la humedad

**3 Cajas
5 centésimos**



La semana en solfa

Cuando decíamos que esto no iba a terminar bien... Me refiero á la semana empezada de una manera tan peligrosa. El famoso complot nos está preocupando de una manera bárbara y yo sé de gente que no duerme pensando en las tremendas calamidades que hubiesen sobrevenido, si Pallini no muere y si nuestro primer magistrado hace todo lo contrario de Pallini: es decir, morirse. Naturalmente que con eso del complot todo el mundo tiene motivo de charla; y si no que lo diga mi amigo Pepe, que tiene una novia, á la cual novia visita, y en cuyas visitas tiene necesidad de conversar «largamente» con su futura mamá suegra; el pobre se encuentra muchas veces sin tema y tiene necesidad de hacer verdaderos «tour de force» imaginativos para evitar que en la sala pese un silencio comprometedor y fastidioso.

Y en resumidas cuentas ¿qué habrá de cierto en eso del complot? Misterio! Todos hablan y hay quien habla hasta por los codos, pero ninguno sabe de la misa la media.

Yo opino (y permitaseme que opine), que lo único que hasta ahora hay de cierto es la prisión del coronel Medina, el cual, como se recordará, fué en «año temprano» un gran amigo del señor Cuestas, y furibundo descubridor de conspiraciones.

Y hete aquí que un «enjaulador» como el coronel Medina, ha concluido por ser «enjaulado» á su vez. Podría aquí aplicarse aquello de quien á hierro mata á hierro muere.

Otra cosa extraordinaria de la semana fué lo que nos ocurrió á nosotros (hablo de los redactores de «La Risa»). Sucede

que el miércoles se presentó á nuestra redacción un sujeto no mal parecido, joven, y vestido con bastante elegancia.

—¿Qué se le ofrecía, señor? —le preguntamos.

—Venía á comprar un número del periódico...

Nos miramos todos sorprendidos. ¡Un comprador de «La Risa»! ¡Era verdaderamente extraordinario. Y esto lo digo sin que lo sepa el administrador.

Pues como decía, el hombre venía por un ejemplar del periódico.

—Enseguida, señor, —le contestamos.

Y mientras buscábamos un número el sujeto en cuestión continuó:

—Lo vengo á comprar porque como me dijeron que es «una cosa» que hace reír mucho, tengo interés en llevárselo á papá.

—Una cosa? Vamos, que sino fuera porque agregó que hacia reír mucho, le hubiéramos tirado al individuo de la referencia con el tintero. Porque miren ustedes que llamarle «cosa» á nuestro semanario.

En fin, «cosas» de la gente...

Una persona muy conocida en este hermoso Montevideo, hablaba días pasados con un amigo. La conversación versaba sobre asuntos generales. Despues de mucho charlar hablaron tambien de las secciones jocosas de los diarios, y especialmente de nuestro semanario.

Y el hombre conocido y de mérito le preguntó á su amigo:

—Pero digame, ¿quién es ese Gedecón que tanto nombran en los diarios?

El amigo no contestó. Quedó estupefacto, pero dicen que pensó:

—Pobrecito, miren que no saber este hombre cuál es su nombre!...

«Verídico».

DOCTOR MIRABEL.



LOS TIGRES DE LA CIE NCIA

—¡Oh, oh!—exclamaron a una voz los invitados.—Esa sí que no la pasamos... es demasiado gorda.

—Les repito, señores—continuó el doctor levantando un vaso lleno de vino—les repito señores, que el carácter de una persona se modifica según la cualidad de los alimentos, máxime si come cierta calidad de legumbres.

—Doctor, doctor!—exclamó el abogado Martínez—¿habla usted en serio?

—La zanahoria — respondió el hombre de ciencia—hace al hombre meticoloso y extravagante en exceso.

—¡Oh, oh!

—La remolacha le produce una extrema dulzura.

—¿De veras?—dijo un hombrecillo bajo y barrigón.—En tal caso cuiero que mi mujer no come otra cosa durante todo su vida... ¡Ah, ah!

—En cambio el uso continuado de los



porotos verdes, le hace inacible hasta causar miedo.

—¡Oh, vamos!... No lo creo.

—Pues entonces hagamos una apuesta.

—¿Una apuesta?... Acepto.

—Cincuenta pesos. ¿Conviene?

—Aceptamos a ojos cerrados—respondió el abogado Martínez.—Pero escuse usted doctor: ¿con quien hará usted la experiencia de los porotos verdes?

—Con una persona digna de toda fe,



que excluya toda sombra de duda por parte de ustedes.

—Nómbrela. ¿Quién es?

—Ustedes la conocen: es mi mujer.

Los invitados se miraron con asombro; después el abogado Martínez estrechó la mano al doctor, diciéndole:

—Estamos conformes.

El doctor está de vuelta a su casa.

Su mujer, que no lo esperaba tan pronto, le salió al encuentro con una dulce sonrisa.

—Gracias, amigo mío! Has querido darme una sorpresa ¿no es cierto?

—Sí, querida.

—¿Qué tienes? Me parece que estás preocupado, distraído.

—Quizás...

—¿Tu entonces tienes secretos para mí?

—Responde sin vacilar: ¿tu me amas siempre?

—Vaya una pregunta! ¿Te he dado alguna vez motivos para dudar de mi afecto?

—Es que deseo exigir de ti una prueba de tu amor...



—Habla.

—Se trata de un sacrificio, sencillo, sabes... Y después... que yo haga un experimento sobre ti... ¿que tiene?

—¿Un experimento sobre mí?

—Ay... sí!... ¿Me lo negarías acaso? Piensa antes de decirme no, que se trata de agregar un nuevo laurel á la corona...

—¿Qué corona?

—La de mi gloria...

—Siempre por amor á la ciencia?—dice la señora suspirando.

—Siempre por amor á la ciencia.

—¿Cuál es entonces el sacrificio que exiges de mí?

—Es este: por ocho días seguidos no deberás comer nada más que porotos verdes.

—Pero qué demonios de idea se te ha ocurrido? ¿Qué tiene que ver la ciencia con los porotos verdes? Te ruego por caridad que me dejes tranquila. Se ha hablado ya demasiado de tus extravagantes experiencias para que continúes aún. Vamos, se razonable: yo te amo mucho, das casi!



—Querida mía, es necesario que tu hagas este sacrificio.

—Pero en realidad estás decidido?

—Sí.

—Y yo te digo que no lo haré jamás... eso que me exiges.

—Tu lo harás por amor de la... ¡digo! por cariño á mí.

—¡No, no y no!...

—¡Te obstinas entonces en la negativa?

—Sí, porque ya estoy aburrida de tus locuras, de tus incalificables ocurrencias...

—¡Pues entonces la obligaré con la fuerza, señora mía!

—Ah, eso lo veremos, señor mío!...

La señora no fué firme en sus propósitos, quería demasiado al gran testarudo de su marido para no hacer lo que él le había pedido no obstante fuese un gran sacrificio para su estómago aquello de comer porotos verdes.

Con una paciencia y docilidad verdaderamente admirables—y que yo recomiendo á todas las esposas presentes y futuras—se sometió la buena señora á la prueba de los porotos.

La prestriccion era: dos quilógramos al día, empezando de uno.

Con invencible disgusto comió ella la primera escudilla de porotos, la segunda, la tercera... y así sucesivamente. Las



nauseas le aumentaban de una manera horrorosa. Los ojos del marido se iluminaban de alegría.

Empezaba á notar los efectos de los porotos verdes, y á esperar que los cincuenta pesos se convertirían pronto en realidad.

Entretanto, frente á su mujer devoraba pollos al horno, guisos magníficos, jugosos bistec, entre tanto que su esposa-victima de la ciencia—tragaba los detestables porotos verdes.

Al quinto dia, mientras estaban en la mesa, el doctor estuvo á punto de desmayarse de alegría.

La irrasibilidad de su esposa hacia rápidos progresos.

Su rostro — comunmente rosado y fresco—comenzaba á adquirir un color extraño: el color... de los porotos verdes.

La victoria no estaba, pues lejana, y así la esperaba el doctor rebosante de alegría.

¡Habéis observado alguna vez, amables lectores al cielo cargado de nubes cuando el trueno retumba, esos chispeos eléctricos de la atmósfera pesada?

Lo ojos de la pobre señora presentaban precisamente esos mismos resplandores. Y el doctor, en vez de precavverse contra la

«tormenta» próxima a estallar, bebia tranquilamente un vaso de vino rancio, observando de reojo la cara de su mujer.

Top, un gracioso perrito que ella cuidaba siempre mucho, fué a posarse sobre la falda de su dueña como diciéndole: «¡Vamos, míreme un poco!» y... ¡Pobre



Top!... Recibió tan violento puntapié que fué á dar lejos de la mesa. La señora entre tanto continuaba absorviendo porotos verdes.

**

Estamos en el octavo dia.

Los nervios de la señora habían llegado al *anom plus* ultraz de la irrasabilidad.

A la hora del almuerzo el abogado Martínez, puntual como siempre, vino á tomar asiento en la mesa de los esposos. De ocho días hacia el abogado era comensal en casa del doctor, porque, naturalmente debía presenciar el experimento. Me había olvidado deciros que esta era una de las condiciones de la apuesta.

El abogado Martínez, pues, el doctor y su esposa se sentaron á la mesa.

Nina, la sirvienta, trajo al patron y al amigo una suculenta sopa de tallarines y á la señora el acostumbrado plato de porotos verdes.



—¡Esquisita! ¡Estupenda!—exclamó el abogado Martínez después de haber sorbiendo la primera cucharada de sopa.

Y así diciendo se le ocurrió mirar á la esposa de su amigo.

Pero... ya el vaso rebosaba.

La pobre señora, aburridísima, cansada,

harta de porotos y de ciencia, cogió el plato que tenía delante y lo arrojó á la cara del abogado Martínez, gritando:

—¡Ah, no, no puedo mas!...

El abogado dió un grito de dolor.

El doctor dió un grito... de alegría.

—Y tu... continuó la señora volviéndose al marido—tu, toma esto!...

Y le tiró un vaso lleno de agua.

El doctor estaba fuera de sí... de alegría. Había ganado la apuesta. Al efecto, el abogado Martínez, después de atarse la cabeza con el pañuelo, entregó á su amigo les cincuenta pesos, y enseguida corrió á la farmacia vecina á curarse la ruptura.

**

Pero—dirán en este momento los lectores—¿qué demonios nos viene usted á contar señor novelista? Sus escritos son historias del otro mundo...»

Precisamente, historias del otro mundo; porque el protagonista de mi verídica historia, no es otro que un curioso original, el cual, hace ya algún tiempo, y siempre por amor á la ciencia estuvo cuarenta días sin probar bocado...

«Como me lo contarón te lo cuento».

PASCUAL MARTÍN.



Cosas de la historia

Averiguó que tres y dos son cinco y, resuelto el problema, pegó un brinco.

DE EPICETO

A Paris se le antojó raptar á la hermosa Helena; ella le siguió sin pena y á su esposo abandonó.

Si Menelao, resignado no toma á pecho la cosa, y se olvida de su esposa, ¿qué es lo qué hubiera pasado?

Que no se huieran escrito la «Odisea», ni la «Iliada», pues, por lo demás, maldito si lo cosa importa nada.

NICOLAS LEYVA.



Un mendigo

—Una limosna, señor, por amor de Dios...

—Es inútil que usted me pida: soy ateo.

EN SOCIEDAD, por A. Guillaume



Él. — ¡Qué elegante es su mamá! Cuando jóven debió ser muy bonita ¿no es verdad?

Ella. — ¡Ah, caballero! siento decirle que en aquella época yo no la conocía!

COMO SE RECOGEN EL VESTIDO, por Marín



Curiosa escena

Una señora española, que se interesa mucho por el mejoramiento del sexo femenino, hizo últimamente un viaje para darse cuenta del estado de las escuelas de niñas.

En uno de esos institutos, el director quiere acompañarla personalmente en la visita.

Después de haber recorrido varios departamentos pasan cerca de una clase abandonada, en la cual había tres mujeres cosiendo.

La puerta estaba abierta y la visitante lanzó una rápida mirada al interior de la

habitación. Enseguida volviéndose al director le dijo bajo:

—¡Dios mío! que caras patibularias!

—¿Quienes?

—Esas tres mujeres que están allí.

El director retrocedió un paso, y enseguida volviéndose á la visitante le dijo:

—Perdone la señora, me olvidaba de presentarle á mi esposa y á mis dos hijas... «Tableau!...

Por la calle

—Señor, déjeme usted... No puedo oír ya vuestras palabras equívocas!...

—¡Pero si todavía no he dicho nada!...

—Precisamente por eso. No estoy acostumbrada á ser ofendida con un semejante silencio!...



Equivocación

En casa de una señora muy distinguida, durante un banquete, ocurrió la siguiente escena. Los periódicos han relatado la noticia sin dar naturalmente el nombre de la dama.

Un señor senador, al llegar á lo más hermoso del banquete se levanta aterrizado y empieza á gritar:

—¡Ya está!... ¡Hela ahí!... ¡Ya ha llegado!... Yo me muero!...

Todos los invitados se levantan angustiados y rodean al anciano legislador, preguntándole la razón de sus gritos desesperados.

—Es la apoplejía—responde—Es la apoplejía que hace años me amenaza y que por fin me ha aferrado! Hace ya cinco mi-



tar callado se vuelve hacia Alvarez y le dice:

—¿El señor es español?

—Oui.

—Ah! si, entendido, es francés.

—Yes.

—Digo, usted es inglés.

—Si.

—Pero el señor me está tomando para «La Risa»?

—Si señor.

Instrucción casera

—Qué demonios es un volcán?—pregunta á Romero su digno hijo Bertoldo?

—Un volcán? — exclama el padre. — Pues... es un Vesubio que se encuentra vecino á Nápoles.



—Pero hoy me río yo de todas las mulas, ¡He ganado cien pesos en la lotería!...

Lo que hizo el cliente no lo sabemos.

Un niño charlatán

—Doctor, doctor, venga á ver á mi gato, que está enfermo.

—Pero si yo no curo gatos, querido.

—¿Cómo que no, si papá dijo ayer que sólo servía para curar animales?...



Astucia

El pequeño Carlos hace el deber de la escuela.

—Mamá,—dice—¿qué es la herencia?

—Lo que el papá da á sus hijos.

Y Carlitos escribe: «La herencia son los tirones de oreja que me da papá cuando me porto mal.»

En la peluquería

El dependiente mientras enjabona la cara de un parroquiano:

—Sí, señor; aquí el patron no bromea: cada vez que uno de nosotros hace un tajo en la cara de un cliente, nos aplica diez centésimos de multa.

Y luego agrega blandiendo la navaja:





MULATADAS

¡El vencimiento!

¡Recuerda alguno de mis lectores el capítulo aquel de un libro de Daudet, donde el hombrecillo azul va recordando con su vocelilla trágica á cada uno de los personajes de la novela, la hora triste del vencimiento de un plazo?

—Sí?... Pues ese hombrecillo odioso me visitó tambien á mí días pasados.

Fué en la mañana del jueves, bajo la forma seriota y grave del Director de «La Risa», y para recordarme que en la noche se me vencia el plazo para que yo entregara la segunda «Mulatada» á ese periódico.

Desde esa visita quedé inquieto, nervioso, y,—lo peor—sin ganas de escribir. Tuve hasta «ideas negras»,—una enfermedad rara, que ataca á los desesperados harganes.

Deseé, oh extrañas anomalías del hombre!—que á lo mejor se me presentara un... cualquiera, y me dijese:

—¡No sabe usted la desgracia?

—No.

—Pues á respecto de «La Risa», la siba «daa» de su fundación se ha convertido en «dii» y ha resultado la mas fenomenal e inesperada «fundicion», para ese periódico.

¡Y como me hubiese alegrado con esa noticia!

En éstas ó parecidas divagaciones pasé el dia,—por supuesto, sin escribir nada,—y la noche me «guareció» entre sus «tinieblas», como diría quien yo me sé.

—Vaya,—me dije al llegar la noche,—la noche es propicia para muchas cosas y quizás entre éstas encuentre alguna, graciosa.

Y me eché á la calle.

A poco de andar, «una voz resuena», como dicen en versos más ó menos malos ciertos poetas? aficionados al género aventurero.

—Chits! Eh, Mulato!

—¡Hola!

—¡No sabes la novedad?

—¡La novedad! ¡Qué novedad!—argüí con ansia, creyendo pescar algo jocoso.

—Pues, que ha muerto Fulano.

—Sí, eh? ¡Vaya una gracia!

Imitando al judío aquel de Sué (algún literato nacional va á creer que Sué es alguna provincia de la tierra de los ju-

dios), seguí andando, y al otro poco de volver una esquina, atisbé á dos enamorados que se hacían señas invisibles,—seguramente por darse bromas... ella desde un balcón de un tercer piso y él desde la vereda de enfrente.

—¡Eureka! — me dije, parodiando al griego sabio (y con éste van dos los griegos que traigo á colacion).—¡He aquí lo gracioso!

Ya había puesto en juego la cartera y el lápiz y agazapado tras una esquina, me disponía á «efectuar» varios apuntes asomando para atisbar, apenas la punta de la nariz, el ala del sombrero y los lentes,—porque yo uso lentes, aunque parezca mentira,—cuando la «donna» me atisba á su vez á mí, hace no sé que endiablada señá á su Romeo y éste se dirige hacia mí, haciendo voltear de paso un respetable y nudoso bastón.

Me hago más el zonzo que el más zonzo de los mortales, y me pongo á caminar; Romeo me sigue; me apuro, y él se apura; entonces creo conveniente transformarme en un «Capuleto» moderno que huyera de un «Montesecu» de nuevo cuño, (perdiendo la cabezaz) y echo á correr.

Lo confieso sin rubores, porque tengo esperanzas de no ser el primero... ni el último, que se halle en caso igual ó parecido: mi carrera fué una carrera loca, veloz como el rayo, desatendida, insuperable, que duró un buen rato, por calles y por plazas.

Y cuando llegué á mi cuarto, sudoroso, descompuesto, y, fatigado, me eché sobre la cama, pensando:

—Oh! cuánto cuesta buscar argumento para un artículo jocoso! ¡Será por esto que hay tan pocos escritores graciosos?...

Y quizás no anduve equivocado... sobre todo en lo que atañe á este país.

MULATO.

Falsa interpretación



—Digame usted, señor Alvarez, es verdadera la leyenda que dice que el cisne canta antes de morir?

—Verdadera, ¿quisiera usted acaso que cantase despues de muerto?

Argumento contundente



—Quédese quieto señorito, porque si no se lo contaré todo á su papá.

—Bueno, si tu se lo cuentas á papá, yo le contaré á mamá que por papá te dejas abrazar y por mí no...

CARTA DE LA NOVIA, MAESTRA á su novio, empleado del ferrocarril

Mi adorado Gerundio:

He recibido tu última, tan llena de dulces apropiaciones, que no puede á menos que «clasificarse de sobresaliente». El diccionario de mis pensamientos no tiene suficientes «palabrazos» para pintarte mis impresiones, porque todavía estoy en el «curso elemental» de mis ideas y no puedo por consiguiente decirte todo lo «infinito» que es mi amor. Tu eres mi único amado, el «primerº de la clase», que alberga en el rectángulo de mi corazón, y al cual yo debo todo mi cariño.

Fué en las «vacaciones» cuando te conocí, y te encontré «ejemplar» por consiguiente te confieso con sinceridad que fué en aquel «tiempo», que aprendí á «conjugar el verbo amar en todos los modos». Actualmente la idea de nuestra reciprocidad, me hace creer muchas veces que vivo en el otoño «misérifero» y los días se suceden á las noches, con una lentitud tal, que no puedo resistir al impulso de pedirle constantemente á mí padre que me diga cuando llegará el día de «matricularnos» en el Registro Civil. Pero él malo, muy malo, se ha encerrado en el «apéndesis» de su silencio.

Mi madre, pobre, piensa constantemente en las «evoluciones» de mi fortuna, y muy amenudo la sorprende con dos grandes «puntos de admiración» en el «ángulo agudo» de sus labios. En esos momentos, mi querido «futuro», no encuentro «silabas» para responderle y huyo de ella.

Me parece ahora verla, «curvada» como

un «accento circunflexo», con gran «atención» á la «multiplicación» de mis haberes de maestra.

Ella sabe que nuestros corazones laten al unísono, pero comprenderás, que siendo yo la «primera vocal» de la familia y suponiendo que entre pronto en la «peripecia» del matrimonio, siente sobre su corazón un pesado «sólido», y no puede resignarse á la «atangente» de la separación; y el temor en «línea» perpendicular esta suspendido sobre su cabeza como la espada de Damocles.

Creo, en este «punto» haber ultimado el «tema», si aun continuase llegaría al «Polo Artico». Espero que estas mis «líneas rectas» te harán feliz unos momentos.

Adios «alfabeto» de mi alma, haz que tu amor no se «divida» en «fracciones», si quieres que yo te ame siempre: en caso contrario te daré «acer» en conductas.

«Adiciona» siempre mis expresiones y encontrarás un «total» muy «regular» de cariño.

Ninguna «maestra» del «globo» te hará mas feliz que tu

ZONA TÓRRIDA.

Imbecilidad



—¡Que tiempo infame! Siempre lloviendo y ventoso!

—Tienes razón; pero encuentro bien que llueva cuando está nublado que cuando está sereno...





—Sabes querida que te encuentro en una toilette demasiado descubierta....

—No te extrañe, porque bien sabes tú que á mi me ha gustado siempre no ocultar nada.... Soy muy franca....

PERRERIAS

Ahora si que podemos decir sin pecar de embusteros, ni de exagerados, que de noche por las calles de esta muy nobilísima, monísima y beatífica ciudad de Montevideo, no se vé transitar ni á los perros.

Estos qué eran los únicos trasnochadadores empedernidos, y que tenían como norma de vida el husmear de madrugada las latas de la basura y el dormir cruzados sobre las veredas a trueque de que se despatarriaran los rezagados y los poetas que como un amigo Arata miran eternamente al cielo, sin dignarse mirar por donde caminan, han olfateado algo de lo que en contra de ellos tramaban los «autoridu» de la Jefatura, y se han llamado á sosiego. Ya no se les vé en grupos numerosos, corriendo tras una linda perrita callejera, ni tampoco ladando porqué uno taqueara demasiado fuerte. Todos, como si se hubieran dado la voz de alarma, permanecen ocultos, encerrados en sus respectivas casas, sin asomar el ocico, esperando que pase este entusiasmo—que no será muy duradero—de exterminio perruno. Luego volverán á las andadas, como lo sentí decir noches pasadas á un viejo perro que tiene su domicilio detrás del cementerio Central, junto con una veintena de compañeros y que dado su experiencia y conocimiento de la vida callejera dice las cosas con un aire de suficiencia que parece hu-

biera cursado el bachillerato en nuestra luminosísima Universidad mayor. El único que sentiría que no durara mucho tiempo esta ordenanza policial, es Juanito, que desde que tiene amores con Celestina, (unos dos meses) ha tenido que renovar ya seis veces el pantalon por causa de un pequeño perrito faldero que su novia quiere mucho, y que siempre que baja para hablar con él la trae cargado y la mimá, y lo acaricia y lo besa y hace que Juanito—que tratándose de su novia no es capaz de decir esta boca es mía,—lo besé y lo acaricie también. A otros muchos he oido lamentar, pues nada menos que dos pesos, —así como ustedes lo oyen,—les cuesta la patente de esos bichitos, pues la ordenanza policial se refiere á esto y lo digo ahora porque al principio no lo dije. Un Ingles, (no mio, sinó legitimo, de Inglaterra) que tiene dos hermosos lebreles, ha creido conveniente, para evitar la «bolilla» ponerle bosales con candado, cefrojó, y que se yó cuantos seguros, que ha mandado fabricar exclusivamente para él, digo para los perros, en el extranjero. Doña Pancracia, profesora de francés, portugués, italiano y otras muchas lenguas, es mas precavida, no sale de su casa á dar lecciones, sin llevar cargado su perro de aguas que es muy lindo, muy blanco y muy limpio. Pero.... sucede que un buen dia en momentos que lo más entretenida se hallaba hablando con una discípula, el perro se escabulle hacia el fondo de la casa y se revuelca sobre el carbon y como creyera su dueña impropio solicitar agua para lavarlo; se fué con él cargado, lamentando el percance ocurrido y haciendo el consiguiente figurón por las calles. Y como la autoridad sin pedir permiso á nadie, penetra en los domicilios particulares para levantar el censo de los perros, muchas amigas mias que quieren mas que á sus novios sus perros, los acuestan en sus camas y se pasan la horas perdidas dándoles mil golosinas para que se mantengan quietitos y que cualquiera de los lectores de «La Risa», envidearía.

Y corto aquí este articulito, porque de lo contrario, lo continuaria y continuándolo hablaría tanto que ni el mismo «Matracas», con ser tan latero, me ganaría.

SINFOROSO.



Empleado original



A UNA CASADA

Filomena sea usted buena,
Y acceda á mi peticion,
Que este muy puesta en razon
Mi pretension, Filomena.
Le juro á usted por mi honor,
Que me saca de un apuro,
y ademas mi amor es puro,
¡Vaya si es puro mi amor!
No ha de faltar á usted nada;
Yo su lacayo seré,
Y, vamos, la cuidaré
Cual merecé una casada.
Si usted quisiera, ¡gran Dios!
¡Qué días tan deliciosos!
Seríamos tan dichosos
Viniendo juntos los dos;
Y para no regañar
Y evitar lios despues,
Vivimos juntos un mes
Con objeto de probar.
Usted será, será sola el ama.
Yo mismo, no muy temprano
La llevaré por mi mano
El chocolate á la cama;
Despues la limpio el vestido,
Le doy la comida al gato
Y usted se duerme otro rato,
Mientras yo pongo el cocido.
La visto á usted como sé,
Con cuidado y con esmero
Y usted se sienta al brasero
Y yo á su lado de usted.
Allí nos entretenemos,
Yo zurciendo y remendando,
Y usted leyendo ó bordando
Y al poco rato comemos.
En paz y en gracia de Dios
Me pongo luego a fregar.
¡Qué quiero usted pasear!
Pues nos paseamos los dos.
Y volvemos á las cuatro.
¡Le gusta á Vd. Filomena?
Luego le sirvo la cena,
Y nos vamos al teatro.
Esto es querer agradar,
Ser amante y complaciente,
Pues bien al dia siguiente,
Lo mismo, por no variar.
¡Qué mi trato no le agrada?
Pues como nada hay perdido,
Se va Vd. con su marido,
¡Para eso es Vd. casada!

RAFAEL DE PAZOS.

Sarah Bernhardt, encontrándose hace algunos años en Moscou, y teniendo intenciones de emprender un viejo artístico en el interior del imperio, fué á la policía á buscar el visto del pasaporte.

El empleado le preguntó si tenía pronto el escrito solicitud.

—No creía que fuese necesario,—le respondió la célebre actriz.

El empleado le dió entonces papel y pluma y le dictó la instancia, que fué firmada y puesta dentro de un sobre.

—Ahora—dijo el empleado,—no le queda más que presentarla.

—¿A quién?—preguntó la eximia artista.

—¿Cómo á quién? — respondió el empleado.—Pues, á mí.

La rival de la Duse le entregó el sobre.

El empleado rompió el sobre, leyó atentamente la solicitud y despues volviéndose con gran calma hacia la Bernhardt le dijo:

—Señora, he leido su pedido, pero me disgusta muchísimo decirla que no le puedo conceder lo que pide.



Esta es la fija

Yo cumplo mis deberes de cristiano
—deefia un infeliz entrustecido—
sin que un solo momento eche en olvido
los mandatos de Dios, más todo en vano;
no consigo tener, aunque me afano
un modesto jornal para un cocido
y en cambio á algú malvado empedernido
le vendrán los millones á la mano.
¡Infeliz corazon! lloira tus penas
y al mirar de la suerte los errores
compara tu conducta á las agenas
y hallarás más motivo á tus dolores.
porqué si tus acciones fueron buenas...
las del Banco de Londres son mejores...

RAMIRO MERINO.



LÓGICA MILITAR por Cáspita



El cabo.—Cuando lleguen delante de una pared, si yo les grito alto, no se deben parar porque allí está la pared sié porque yo lo mando.



Un nuevo modo de consolarse

Una viuda llega á un negocio donde venden coronas fúnebres y compra una con un lazo negro.

—Esta corona—dice—la colocaré en la tumba de mi marido.

—Entendido—dice el comerciante.—Le pondremos la acostumbrada inscripción: «La viuda inconsolable».

—No—dice ella—ya tengo esta tarjeta donde he hecho poner: «La viuda, para consolarse de tanto dolor, no ha encontrado otro medio que el de casarse de nuevo.»

Un juez de ingenio

El juez pregunta á la testigo:

—¿Qué edad tiene usted, señora?

La testigo se pone colorada y permanece silenciosa.

—Debo observarlos—le dice el juez—que cuanto más retardéis la respuesta, más vieja venís.

Lea el que ignore

LO QUE DICE "LE FIGARO", DE PARÍS

CURA DEL REUMATISMO

Es un hecho, y las pruebas lo han demostrado, que hoy ha llegado el momento de decirse que el reumatismo agudo ó crónico, ciática, dolores neuralgicos del pulmón ó musculares, lumbago, gota, tor-

rencias, calambres, etc., etc., se curan rápida y completamente, frotándose con el linimento «SAN LUIS» y tomando á la vez el «ELIXIR DEL DOCTOR CHEVALIER». Nadie ha podido demostrar lo contrario, á pesar de los desafíos lanzados públicamente, tanto á médicos y farmacéuticos, como á particulares.

El convencimiento de que tanto el *Linimento San Luis* y el *Elixir del doctor Chevalier* curan radicalmente el reumatismo, nos permiten hacer al público el siguiente ofrecimiento: que ningún autor de remedio alguno ha hecho hasta la fecha:

La casa depositaria devolverá el valor que haya gastado toda persona que habiendo usado el LINIMENTO SAN LUIS y el Elixir del doctor CHEVALIER no haya obtenido con ellos la cura completa de su enfermedad.

El importante diario «Le Figaro» de París, hablando de estos remedios, dice entre otras cosas lo siguiente: (que traducimos.) — «Este siglo, será sin duda alguna el que progresará más en cuestiones científicas. Quedarán muy pocas enfermedades que no puedan ser combatidas por remedios que descubrirán celebridades médicas. A los que sufrián del reumatismo, para el cual parecía no existir ya remedio que lo curara, le ha tocado su turno, pues ellos encontrarán radical y completa cura con el descubrimiento hecho por el célebre doctor Chevalier, y que ha tenido la oportuna idea de ponerle el nombre de *Linimento San Luis*, al remedio que sirve para frotarse y *Elixir Chevalier*, al que debe tomarse.»

Como ocuparía mucho espacio poder publicar la inmensa cantidad de importantes certificados que he recibido, manifestando notables curas, sólo me concretaré á publicar hoy el nombre y domicilio de algunas de esas personas.—El doctor A. Cormina, domiciliado Cangallo esquina Esmeralda (Buenos Aires); el doctor José B. Vitalte, en Quilmes (R. A.); el señor Manuel Faibo, Maipú 830; el señor Jose Prieto, calle Guardia Vieja 758; el señor Alfredo Alvarez, Cangallo 758; la señora Ana M. Bottaro, Arites 559; y así por el estilo figurán cientos de nombres de personas importantes de la vecina orilla, que obtuvieron éxito completo con este remedio.

De esta República se conocen ya casos notables de curas efectuadas, pero no se publicarán sus certificados hasta que no se confirmen doblemente.

Estos remedios se regalan á todo medico que lo solicite para que se convenzan de sus resultados en sus enfermos.

Se vende en todas las boticas a un peso el frasco.

Tengase por falsificado todo estuche que no lleve una franja celeste con esta inscripción: «Fortunato Ansótegui, único agente.—Escritorio: General Liniers 186.º